

Camus

Camus

Virgil Tanase

Traducción de
Ana García Novoa

Título original: *Camus*,
originalmente publicado en francés, en 2010,
por Éditions Gallimard, París

Primera edición en esta colección: febrero de 2018

© Éditions Gallimard 2010
© de la traducción, Ana García Novoa, 2018
© de la presente edición, Plataforma Editorial, 2018

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1.ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 1281-2018
ISBN: 978-84-17114-22-0
IBIC: BGL

Printed in Spain – Impreso en España

Diseño de portada:
Ariadna Oliver

Fotografía de portada:
Getty Images

Diseño y realización de cubierta:
Grafime

Fotocomposición:
gama, sl

El papel que se ha utilizado para imprimir este libro proviene
de explotaciones forestales controladas, donde se respetan
los valores ecológicos y sociales, y el desarrollo sostenible del bosque.

Impresión:
BookPrint Digital
L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas
en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir
algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice |

El hombre que sería si no hubiera sido el niño que fui . . .	9
La calle Lyon, en Argel.	17
Gamberro y piojoso.	26
Una chica para nada como las demás	37
Un partido para nada como los demás	46
La belleza cura, la luz alimenta	55
Noventa y nueve hojas en blanco	67
Una profesión decepcionante.	77
Una chica de Orán	88
Falda y guantes blancos	98
Un cliché negativo.	106
Un mundo que debe morir	117
Valores secundarios	127
El energúmeno	139
Inmensamente cansado e indignado en vano	149
Francine, siempre ahí.	158
Europa, un desierto	167
El amor por el teatro	179
Enfermo y vivo	190
París es una selva y sus fieras son miserables	200
Una historia que no tenemos derecho a inventar (1).	212
Una cura	222
La causa más grande que conozco	234

Una noche cada vez más densa	249
Vivir en y por la verdad	266
Un retrato de Tolstói y un piano para Francine	276
Una historia que no tenemos derecho a inventar (2).	286

ANEXOS

Referencias cronológicas	299
Referencias bibliográficas.	307
Notas	311

El hombre que sería si no hubiera sido el niño que fui

Aquellos que ven en él algo de Rastignac¹ solo se equivocan a medias. Hijo de una madre analfabeta, Camus descubre que además vive en la pobreza extrema cuando el colegio le ofrece la oportunidad de mejorar su condición. Quiere hacerse camino en el mundo clerical que no ha heredado. No sospecha que ese mundo lo traicionará, ni que solo es el comienzo. Se da cuenta demasiado tarde: el medio no perdona a los presuntuosos que piensan por sí mismos y que anteponen sus principios a los intereses del clan. Lo tiene prohibido, y con razón: él habla de moral a los que no conocen más que las reglas del juego que les permite ganar, un juego que, además, es distinto según la mesa en la que uno se sienta, «según la situación», como se decía en aquella época. Esa audacia le sale cara: corre el riesgo de poner en evidencia a los maestros pensadores de una generación que los busca entre aquellos que la halagan, contentos de estar a la cabeza de una multitud que los sigue porque se dejan llevar por ella. ¡Qué mal gusto hablar de verdad y de justicia a aquellos que se contentan con una martingala! ¡Hablar de deber y de moral a polemistas a los cuales las ilusiones del materialismo histórico les permiten creer que nuestros principios son relativos, adaptables a las circunstancias, igual que se cambian los neumáticos del coche según llueva o haga sol!

La vida de Camus es la historia de un desprecio. Él va adonde no quiere ir, se lo recompensa por lo que no es, se le reprocha que no sea el hombre con una infancia que no fue la que tuvo:

Nadie como yo ha estado tan seguro de conquistar el mundo por la vía rápida. Así que... ¿Cuál fue el error, qué fue lo que hizo que todo decayera de repente condicionando lo que vendría después...?²

El mestizaje les viene bien a las familias gobernantes que forman una Europa unida de realezas. Pero apesta entre los piojosos que cargan con sus bártulos de un país a otro, empujados por la miseria, por la esperanza de una vida mejor, por la sensación de no pertenecer a ningún lugar más que aquel que los acoge. «La pobreza no tiene pasado»,³ dice Camus, decepcionado por no encontrar más que algún rastro de sus ancestros en archivos en los que los apellidos se pierden cuando no van acompañados de un título de propiedad, de algún privilegio concedido por méritos de guerra o de una herencia registrada en una notaría. Cuando, ya siendo un escritor de renombre, busca sus orígenes extranjeros para concederse tal vez razones para alejarse de una Francia en la que ya no se siente en casa, Camus tiene dificultades para remontarse hasta un tal Miguel Sintès Andreu, nacido en 1817, quien, hacia mediados del siglo XIX, se casa en un pueblo de Menorca con Margarita Cursach Suerda, seis años más joven que él. Se la lleva a Sant Lluís, cerca de Mahón, y luego a Argelia, donde nace Estève Sintès en 1850. Cuando este está en edad de casarse, conoce a una joven con la que comparte orígenes: Catalina Maria Cardona, que nació en Sant Lluís, Menorca. Esta mujer de ojos claros le da nueve hijos, entre ellos Catherine, nacida en 1882, la madre de Albert Camus. ¿Quiénes son esas personas? ¿Qué hacen? ¿Cómo es su vida? No lo sabemos. No pertenecen a las tres categorías de colonos privilegiados: propietarios, militares o funcionarios, que viven como amos en tierra conquistada. Los Sintès son pobres, y los pobres lo único que dejan son hijos.

Esta Catherine de pocas palabras, que apenas habla, que no cuenta nada de su vida como no se cuenta la vida de un árbol que crece y que luego da hojas y las pierde como todos los demás árboles de la misma especie, para acabar muriendo sin que el bosque sufra por ello; esta mujer cuyo mutismo es una discapacidad y un atrincheramiento emerge de la espesura de la historia en la medida en que su hijo le pide que le cuente sus recuerdos. Él quiere saber de dónde viene para comprender hacia dónde va, está buscando, si no el sentido de su vida, al menos un itinerario, busca algunos indicios que lo tranquilicen en el momento en que los que encuentre en los libros le parezcan insuficientes. De esta madre a la que ama «desesperadamente»,⁴ Camus no habla, o muy poco. No la entrega a la curiosidad pública más que escondida en la literatura, allí donde puede existir sin que la notoriedad de su hijo atraviese el muro de silencio detrás del cual ella se siente como en casa, en un mundo que Camus ha dejado atrás, cambiándolo por otro hecho de ruido y de furor, que le ha abierto sus puertas y le rinde honores, pero que tal vez no sea el apropiado. Así, cuando su hijo recibe una invitación del presidente de la República, Catherine Camus asegura: «No es para nosotros».⁵

Ellos son personas sencillas: Catherine Sintès se casa en julio de 1909 en Argel con Lucien Camus, un hombre que no la supera en condición.

Los Camus provienen de Francia. Originarios de Ardecha, como podrían serlo de Alsacia, emigraron a la región de Burdeos, donde un bisabuelo se casó con una marsellesa. Baptiste Jules Marius Camus nace en 1842 en Marsella, pero se casa en Argel en 1873 con Marie Hortense Cormery, quien, a su vez, nació en Ouled Fayet, donde sus padres tenían una granja. En Ouled Fayet vienen al mundo sus hijos, entre ellos Lucien, que nace en noviembre de 1885. ¿Qué sabe él de su padre? Nada: este muere cuando él tiene solo un año. Y de lo que su madre pudo contarle de él casi no se acuerda: ella muere cuando Lucien tiene siete años. La hermana mayor no puede ocuparse de todos los hermanos, así que Lucien ingresa en un or-

fanato. Más adelante, va a trabajar a la granja, pero por poco tiempo. Está resentido con su hermana por haberlo abandonado y tiene celos de sus hermanos, que no han tenido que crecer entre extraños. Lucien prefiere hacer su vida en otra parte y encuentra trabajo en un pueblo de los alrededores, Cheraga, donde conoce a Catherine Sintès. Pero al poco la deja para realizar el servicio militar. Entre 1906 y 1908, sirve en Marruecos bajo las órdenes del general Lyautey, que se dedica a pacificar a las tribus árabes. Lucien Camus experimenta los horrores de la guerra: el miedo, las enfermedades, la promiscuidad, la brutalidad, los centinelas degollados y castrados, la crueldad de los soldados, que, para vengar a sus camaradas, destripan a los nativos sin dejar a salvo ni a las mujeres ni a los niños... Estas atrocidades del día a día lo asquean: cuentan que volvió enfermo de una ejecución a la que había querido asistir.

Tras su vuelta, lo contrata un vinatero, Jules Ricôme, para que trabaje de recadero. Lucien se muestra diligente y aplicado. Un empleado de la casa, M. Classiault, le enseña a leer y a escribir: la casa necesita personal, preferentemente de origen europeo, que pueda ocuparse de las distintas propiedades desperdigadas por un territorio inmenso en el que prácticamente no hay ferrocarril, las carreteras son pésimas, abundan los saqueadores y escasean los obreros nativos. De esa época hay varias cartas de Lucien Camus dirigidas a su patrono, que lo había enviado a Saint-Paul, cerca de Mondovi, un antiguo campamento militar reconvertido en aldea, con correo, enfermería, escuela y dos sociedades de caza.

Rodeada al sur y al este por cimas cubiertas de una vegetación raquílica, la meseta de Mondovi está formada por una sucesión de pendientes suaves que, indecisas, acompañan al río Seybouse en su recorrido hasta las ciénagas de la llanura cuyo extremo septentrional va a morir en pequeñas playas estrechas batidas por el mar. El calor es extremo durante el día y las noches son frescas. El invierno es duro y la tierra se seca en verano. Los alcornoques bordean las vías fluviales y los cipreses, abandonados a lo largo de las carreteras de tierra cubiertas

por un polvo púrpura, perfuman las noches. En las laderas se suceden los viñedos, tirados a cordel.

Alojado en una casa de dos estancias con suelo de tierra batida, Lucien Camus se encarga de la vinificación. Pero también debe vigilar a los pocos asalariados de la propiedad y contratar para la vendimia a jornaleros árabes y a «*petits Blancs*», colonos blancos pobres y despreciados, aún más humildes que él, obligados todos ellos a dormir en tiendas de campaña alrededor de las bodegas. No duda en recurrir al látigo, y en ocasiones recibe amenazas de alguno de los obreros «indígenas». Negocia precios con los carreteros y los camioneros que transportan los toneles hasta Mondovi o Bona, donde la gente, como comenta en una carta, es tramposa y traidora. Tiene siempre a mano su fusil, porque los bandidos pululan y hay que proteger la propiedad y los pocos bienes que hay en ella. Así que monta guardia de día y también parte de la noche.

Cuando llega a Saint-Paul, Lucien Camus ya es un hombre casado. Se casó en 1909 con Catherine Sintès, estando ella embarazada de su primer hijo. Él tenía veinticuatro años y ella, veintisiete, casi una solterona. Su madre se había casado a los diecisiete años; su abuela, Joana Fedelich, a los veinte, y su otra abuela, Margarita, a los veintidós. Menuda, pero ancha de espaldas, con una melena negra abundante, Catherine Sintès, como se aprecia en fotos posteriores, no era una mujer atractiva. Tenía una nariz demasiado grande, una boca también grande con los labios muy finos, una cara demasiado ancha con una mandíbula prominente y los ojos... ¡Ah, los ojos! Tiene los ojos grandes y una mirada limpia que destila generosidad. ¿Se ha convertido ya en esa mujer medio sorda que casi no habla y cuya mente parece limitada por una de esas anomalías que son resultado de la miseria, la consecuencia tal vez de un tifus mal curado? ¿Acaso esa discapacidad confusa explica el hecho de que su madre, viuda desde 1907, le dirija la vida con mano férrea, lo cual ella acepta sin rechistar, pues siente que deben protegerla aquellos capaces de defender a una impedida, y a ellos les debe una sumisión total y absoluta que

nunca discute? Entonces, ¿cómo es posible que esa madre autoritaria y terrible no estuviera al corriente de la relación que mantenía su hija? ¿Es posible que no reparara en ese hombre joven de buen ver con bigotito negro y camisas blancas bien planchadas que salía con Catherine sin prisa por pedir su mano? ¿Cómo puede ser que ella quedara embarazada antes de casarse? ¿Lucien se casó con ella forzado por las circunstancias o porque, en definitiva, encontró en los Sintès a la familia que nunca tuvo y en Catherine ese amor de la última oportunidad en el que el deseo, la frustración, el temor a una vida solitaria y la gratitud hacia quien, a pesar de todo, la ha escogido se combinan para ofrecerle a una mujer un poder de seducción temible?

Se aman, probablemente, a su manera: en otoño de 1913, embarazada de su segundo hijo, Catherine abandona Argel y se muda a vivir en Saint-Paul con su marido, que ha pasado el verano en la propiedad. Allí es donde nace, el 7 de noviembre de 1913 a las dos de la mañana, Albert Camus. Al día siguiente, el padre se presenta en el ayuntamiento de Mondovi acompañado por dos testigos, un hortelano sardo y un empleado de origen italiano, y declara el nacimiento de su hijo «de origen francés».

Es un final de otoño muy lluvioso. El barro impide que los trabajadores puedan acceder a las bodegas para limpiar los toneles, y los vientos traen volando desde los pantanos cercanos mosquitos que contagian paludismo. Lucien está intranquilo por la salud de su mujer y de sus hijos, así que, tras solo unos pocos meses de vida en común, los manda de vuelta a Argel. No quiere dejarlos solos en ese lugar perdido, y hay muchos puntos de que tenga que ser así: lo han llamado a alistarse, y la empresa Ricôme debe mediar con la comandancia para conseguir un aplazamiento.

Corre la primavera de 1914. Las tensiones entre las potencias europeas llegan hasta Bona, cuyos habitantes lamentan que el consulado alemán pueda desplegar su bandera mientras que en Alsacia a los franceses se les prohíbe hacerlo. El nacio-

nalismo, que en Francia es el instrumento político de la república laica contra sus enemigos interiores, aquí tiene un significado completamente distinto: es la coartada para una autoridad obtenida por la fuerza y otorga a los colonos el derecho de expoliar a los indígenas para civilizarlos mejor. La superioridad, aunque simplemente sea histórica, de los continentales sobre las poblaciones autóctonas es un lugar común entre los colonos, una evidencia para aquellos que miden una civilización en función del ferrocarril, el jabón de Marsella y las armas de repetición. Los enemigos de Francia cuestionan su vocación civilizadora y algunos de ellos recuerdan que Alemania ha sido el principal obstáculo en la propagación de la influencia francesa en Marruecos. Deseable y deseada hasta en este lugar perdido del mundo, parece que la guerra es inminente. Lucien Camus no se equivoca al pensar que su mujer, a cargo de sus dos hijos, podrá enfrentarse mejor a las dificultades que se avecinan estando en casa de su madre, en Argel, que en este agujero perdido donde, aparte de los viñedos, no hay más que bandidos de los que una mujer sola no tiene ninguna posibilidad de defenderse.

El 28 de junio, el archiduque Francisco Fernando es asesinado en Sarajevo. Un mes después estalla la guerra y Francia se moviliza. El 4 de agosto, los alemanes entran en Bélgica y atacan Francia por el norte. A finales de agosto, Lucien Camus es herido de metralla de un obús en la cabeza. Muere el 11 de octubre.

Registrado con el número 17.032, Lucien Camus pertenece al primer regimiento de zuavos de la 45.^a división de infantería del 33.^{er} cuerpo de la X.^a armada. Se embarca en Argel en el buque La Marsa, toma el tren en Narbona hasta Massy-Palaisseau, cruza París y se une al frente. El 30 de agosto le envía una postal a su esposa. Manda abrazos para todos, para ella, los niños y los amigos, y le asegura que todo va bien. No le comenta nada de su herida para no preocuparla. Unos días después, le envía otra postal, ilustrada esta vez, de Saint-Brieuc. En ella aparece representada la escuela del Sacré-Coeur reconvertida

en el hospital auxiliar 107. Marca con una cruz la ventana de su habitación. Catherine no debe preocuparse: en los tiempos que corren es preferible estar en una enfermería que en el frente. Está bien cuidado. Le manda abrazos y le pide que abrace a los niños. Le dicta el mensaje a un camarada o a una enfermera; él ha perdido la visión. Su mujer no se da cuenta: no sabe leer, y su madre tampoco. Es el tendero de enfrente quien le lee la carta, y él no conoce la letra de Lucien. Todo es para mejor, asegura este con un último gesto de ternura. Muere unos días después y lo entierran en el espacio militar reservado del cementerio de Saint-Brieuc.

La administración del hospital le envía a la viuda la metralleta del obús que mató a su esposo. Ella la guarda en una caja de galletas.

Junto con la cruz de guerra y la medalla militar otorgadas a título póstumo, Catherine recibe la cartilla militar de su marido, muerto en el campo de honor, como se suele decir. La viuda tiene derecho a una pensión de ochocientos francos al año. Eso representa un poco más de dos francos al día. Gana cinco en la fábrica de cartuchos del Arsenal, donde se dedica a meter casquillos en cajas. Sus hijos son huérfanos de guerra y, como tales, tienen derecho a recibir trescientos francos al año cada uno hasta que cumplan dieciocho años; también tienen derecho a recibir becas escolares y a visitas médicas gratuitas.

El 15 de octubre, Catherine bautiza a Albert, que está a punto de cumplir un año y ya no tiene padre. La infancia de Albert comienza con mal pie.

Sin embargo, Albert tendrá una infancia feliz. Será el hombre de esa infancia.

La calle Lyon, en Argel |

Junto con sus dos hijos, Catherine, viuda de Camus, vive con su madre en el número 17 de la calle Lyon, en Argel. Esta calle, más soberbia gracias a las pocas casas con soportales que se encuentran cerca de la plaza del General Sarrail, es ruidosa y popular y se extiende a lo largo del barrio árabe para luego descender hacia la parte sur del golfo. Sus casas no suelen tener más de una planta y se tornan realmente miserables más allá del cementerio musulmán, del lado del Arroyo, cerca de los muelles del carbón. Los habitantes de la zona dicen que van a Argel cuando se desplazan al centro de la ciudad. Y el tranvía rojo, que pasa más o menos cada media hora, parece un mensajero venido de otro mundo. Como si, en vez de provenir de la plaza Bab-el-Oued, llegara de la metrópoli, de ese París fabuloso que aquí está representado en los edificios imponentes de la administración colonial, en las construcciones lujosas y en los chalés de las partes altas llenas de flores, donde los funcionarios pudientes, un puñado de propietarios ricos y algunos autóctonos que han tenido la suerte, jugando al juego de los amos, de hacer fortuna con ellos, verdaderos misioneros en tierra conquistada, llevan una vida próspera, capaz de resarcirlos del hecho de estar lejos de la capital.

En el primer piso del número 93, adonde se mudaron tras la muerte de Lucien, Catherine y sus hijos ocupan una estan-

cia, y la madre de esta, otra. El tío Étienne duerme en un diván en el salón, y su perro, a su lado, en la alfombra. Encima de la mesa cubierta con un hule hay una lámpara de queroseno. En la cocina, un hornillo de alcohol. Los niños le llevan al panadero los platos que deben cocinarse en el horno. No tienen agua corriente: para lavarse, llenan un jarro en la fuente de la calle. Los aseos están en el rellano de la escalera y huelen mal.

El tío Étienne está sordo y prácticamente mudo: habla con onomatopeyas y juntando como puede algunas palabras que salen estropeadas de su boca. Eso no le impide tener amistades y que lo cuiden en el café, donde cuenta, a su manera y con un don cómico reconocido, historias superficiales que hacen reír a los demás. Al despertarse ruge como las fieras, y para él las alegrías, como por lo demás las tristezas, se reducen a las sensaciones sencillas, evidentes y primarias. Es tonelero y buen trabajador, según parece, pero el trabajo escasea y debe contentarse con empleos precarios que no le aportan más que algunos ingresos modestos e irregulares. El tío Joseph, que viene a comer y a cenar a casa a diario, trabaja en los ferrocarriles. Él sí tiene un sueldo fijo. Un día discute con Étienne; llegan a las manos. Desde entonces solo va a ver a su madre cuando su hermano no está en casa. Se casa con una joven que da clases de piano y sus visitas son cada vez menos frecuentes.

Una vez acabada la guerra, la fábrica de cartuchos del Arsenal reduce la producción. Para ganarse la vida, Catherine trabaja limpiando y le entrega el dinero a su madre, quien lo guarda en una caja de lata. Ella es quien maneja los cuartos y toma las decisiones en casa, también en lo que se refiere a su hija. Cuando la riñe porque le ha permitido a un pescadero maltrecho, al que su hermano amenaza con partirle la cara, que la cortejara, Catherine entiende que su vida, como tal, ya la ha vivido y que de ahora en adelante su deber es alimentar a su madre y criar a sus hijos. Los quiere con ternura, pero cuando su madre les pega con el látigo no los defiende, encerrada en un silencio que ha dejado de ser obediencia para convertirse

en resignación y luego en forma de vida: este cada día se hace más patente, cada día es más difícil de penetrar.

¡Qué más da! Entre su abuela, cuya rudeza es una forma de cariño, su madre, que, al sentarlo en sus rodillas, disipa los temores de un niño preocupado por no perder un amor que se esfuerza en merecer, y su tío, que de vez en cuando le acaricia la cabeza con una ternura evidente, Albert es feliz. Tiene, y siempre tendrá, ese puerto de amarre que permite a aquellos que no pueden estarse quietos y se lanzan a la mar creer que su viaje es una expedición y no una andanza.

Las primeras escapadas son insignificantes. A su abuela no le gusta que callejee, pero, en cuanto esta se da la vuelta, Albert toma la pequeña escalera que hay detrás de la casa y baja al patio, donde juega con el hijo del barrendero árabe que se aloja en una barraca adosada al muro del fondo. Los hijos del peluquero español se lo llevan a la bodega, en la que se amontonan objetos tan misteriosos como inútiles que los pobres no se deciden a tirar. Con trozos de saco construyen tiendas de beduinos y, para esfumar la oscuridad de la noche, encienden fuegos cuyo humo los ahuyenta a la luz del día, donde los esperan las amonestaciones paternas, en ocasiones acompañadas de alguna bofetada. Apiladas enfrente están las cajas de madera de las gallinas. De vez en cuando, alguna vecina tuesta café. El naranjo plantado para atar en él las cuerdas de tender la ropa, sujetas al muro, da flor. Juegan a las canicas, que son escasas, a menudo sustituidas por güitos de albaricoque, más preciosos que las piedras, que también tienen distinto valor según sea su forma o su color.

Después Albert se aventura a las calles. Un mundo más maravilloso si cabe. Un sol resplandeciente desconcha la pintura de los escaparates y hace brillar cualquier trozo de vidrio perdido entre el polvo. La gente no para. Las mujeres van a la fuente de manivela a buscar agua. El tranvía que pasa es un acontecimiento de ruido y frenesí. Los perros callejeros persiguen a los gatos, que, muertos de calor, en ocasiones bajan de los muros en los que duermen. La corriente de aire agita la

cortinilla de cañas huecas del estanco... Se ven pasar los camiones de tres caballos y rara vez un coche. Algún árabe arrea con una fusta a un burro cargado de sacos. A la sombra de un colgadizo de tela que flamea por el viento, los comerciantes juegan al dominó, sentados en la acera estrecha con las piernas cruzadas y alrededor de un taburete. Comen semillas y, en cuanto suena la voz del muecín, los musulmanes paran para rezar. Los muchachos se juntan en bandas. Juegan al fútbol con una lata de conserva vacía. Los más listillos enseñan a escupir, blasfeman como carreteros y cuentan historias de hermanos mayores que realizan hazañas prodigiosas. Algunos hablan entre ellos en una lengua distinta pero de la cual es fácil aprender las palabras comunes.

Tener que dejar ese mundo milagroso para hacer la siesta es como morir y, aunque sea por poco tiempo, no es por ello menos pesado. Pero por desgracia no hay manera de librarse de ella. Su abuela cierra las persianas a cal y canto, se lleva a Albert a su cama y lo arrincona contra la pared. No consigue dormirse, pero no se atreve a moverse para no despertarla. La mujer huele al sudor acre que le chorrea por la frente, que se seca con un gesto reflejo. Dormida, se espanta los moscardones cuyo zumbido llena la oscuridad de la estancia con una especie de pestazo sonoro.

A veces el tío Étienne se lleva a su sobrino al taller. Albert juega entre las duelas y respira el olor del serrín. Otras veces se lleva a los chicos al borde del mar. Cruzan la ciudad y bajan a la playa de las Sablettes. Es una playa sucia, tan repleta de gente que cuesta llegar a la orilla, pero el mar es grande, azul, inmenso y casi immaculado. Como mucho se divisa un buque blanco con el casco negro que acaba de zarpar del puerto o que se acerca, las velas ocres de un barco de pesca y algunas gaviotas. Albert se sube a la espalda de Étienne y se le agarra al cuello. Su tío se mete en el agua, nada, se aleja de la orilla. La mar es suave, cálida, te acaricia la piel. También es profunda y misteriosa. Albert tiene miedo, grita, se agarra más fuerte al cuello de su tío y a sus costados con las rodillas. El tío Étienne da media vuelta.

El bosque no es menos tranquilizador cuando van de caza algunos domingos. El sábado por la tarde, el tío Étienne prepara los cartuchos y engrasa su fusil. Todavía es noche cerrada cuando, a la hora convenida, los niños lo zarandean con fuerza: cuando este se duerme, no hay quien lo despierte. Impaciente, el perro aúlla en la puerta. La calle está desierta, la aceca, húmeda y el frescor matinal es penetrante. Se encuentran con sus amigos en la estación de Agha. El trencito que silba y escupe vapor mientras cruza los campos cubiertos de niebla los lleva cerca de los bosques que cubren las suaves pendientes de la montaña. Siguen a pie. Al cabo de una hora de marcha, llegan a una meseta cubierta de robles enanos y de enebros. Los cazadores se separan. El tío Étienne baja a los barrancos perfumados buscando perdices y liebres. Tras cazarlos, su perro se los trae y las presas acaban en el morral que lleva en bandolera Albert, orgulloso de las proezas de su tío. Al principio de la tarde, los cazadores se encuentran bajo un bosquecillo de pinos, cerca de un manantial. Preparan carne a la parrilla al fuego de madera, comen con alegría y echan una buena siesta antes de bajar sin demora para no perder el último tren.

Albert Camus es un niño feliz. No echa de menos a su padre; al no haberlo conocido, no sabe lo que ha perdido. La pobreza no le molesta porque a su alrededor todos están en el mismo barco. Cuando su madre le explica que para Año Nuevo recibirá regalos «útiles», no le molesta lo más mínimo: en casa no hay nada superfluo. En su casa, las cosas son llamadas por su nombre: los platos son aquellos utensilios en los que se come y no hay más, hay un armario para guardar la ropa y no hay razón para tener otro, en la sala de estar hay tantas sillas como personas para sentarse en ellas alrededor de la mesa para comer, y no hay ninguna en el dormitorio, ya que a ese cuarto no se va más que para acostarse en la cama. En su casa no se compra un pantalón más que cuando el anterior está ya insertible, y lo mismo con los zapatos. Es de sentido común.

La escuela no perturba ese orden feliz en el que todo lo que hay está ahí porque se necesita, en el que todo lo que se necesi-

ta responde a necesidades elementales de la vida, en el que la vida en sí misma no es otra cosa que el esfuerzo natural por sobrevivir, de manera que el simple hecho de seguir vivo es en sí una recompensa y suficiente felicidad.

Albert cree que la escuela debe de tener una utilidad indiscutible desde el momento en que le piden que vaya. Su asiduidad es su manera de ganarse el afecto de los que lo han inscrito en ella. Desde luego, el cercano edificio de la calle Aumerat, con sus ventanas enrejadas, su patio de cemento, sus largas galerías y su escalera que hay que bajar como es debido, en ningún caso deslizándose por la rampa, tiene algo siniestro. Pero también encierra tantas cosas maravillosas por descubrir: los paneles con dibujos en los que puedes reconocer a un niño, una niña o los pájaros..., y luego las letras que se enganchan unas con otras para formar palabras que te permiten reconocer a un niño, una niña o los pájaros, aunque no haya dibujo; los números, también milagrosos, y los lápices de colores; o, metido en su agujerito cavado en el banco de madera, el cubilete de tinta para ahogar moscas; los mapas abigarrados; los poemas recitados que hacen que las palabras parezcan música; algunas fotos de monumentos sujetas con chinchetas por las paredes de la clase; los juegos nuevos, en equipo, durante las horas de deporte... Algunos años después, su maestro, Louis Germain, recordaba la felicidad de su alumno:

Tu placer por estar en clase era manifiesto. Tu cara era la viva imagen del optimismo.¹

Alto, delgado y siempre bien vestido, Louis Germain toca el clarinete y lee *La Libre Pensée*. Colecciona postales y en clase se muestra intransigente con la ortografía y la puntuación. Es severo pero justo. Aunque no duda en darles azotes en el trasero con la regla a sus alumnos, sujetándoles la cabeza entre sus rodillas, los quiere con ternura y les muestra devoción. Sabe transformar la enseñanza en descubrimiento y seduce a los alumnos transmitiéndoles la idea de que son dignos del saber

que les prodiga, como una especie de recompensa que les ofrece porque son todos merecedores de él. A los mejores alumnos les da clases extra.

Louis Germain fue a la guerra y tuvo la suerte de salir con vida. Se ve a sí mismo como el padre de los niños que perdieron al suyo en el campo de batalla. Albert es huérfano de guerra y el primero en clase de francés. He aquí dos buenas razones para ocuparse de él. Al ser huérfano de guerra tiene derecho a recibir una beca de estudios concedida a los que aprueban el examen de entrada al instituto. Louis Germain lo prepara juntos a tres de sus compañeros que también tienen resultados escolares meritorios. Las familias deben estar de acuerdo. Por primera vez, Albert siente el peso de la indigencia. A diferencia de sus compañeros, que obtienen la beca, su abuela considera que ellos son demasiado pobres como para dejarlo seguir estudiando. Él está ya en edad de trabajar y de conseguir un sueldo, como Lucien, que ya es recadero en la misma empresa de Jules Ricôme en la que trabajaba su padre: gana veinte francos semanales que entrega al punto a su abuela, quien los guarda en su caja de lata. Albert está confuso. No tiene opinión al respecto, pero no querría desobedecer a su abuela ni molestar a su maestro.

Louis Germain sabe cómo manejar la situación. Empieza explicándole a su joven alumno el mérito de su madre y de su abuela, que consiguieron superar las penurias y las desgracias para sacarlos adelante a él y a su hermano. Lo ayuda a comprender las razones que ellas tienen al pensar en el dinero que podría traer a casa.

Pero él también tiene razón. Insiste en ello. Tal vez esto explique por qué Camus le dedica su discurso del Premio Nobel: «Cuando me dieron la noticia —le escribe—, en lo primero que pensé, después de mi madre, fue en usted».² Louis Germain va a su casa. Descubre una indigencia que no había sido capaz de sospechar en la vestimenta de los hermanos Camus, que siempre van cuidadosamente vestidos y calzados. No sabe que su abuela les compra ropa demasiado grande con la idea de que la

lleven más tiempo, que lleva los zapatos al zapatero para que duren más y que por las noches revisa los clavos para ver si sus nietos han jugado al fútbol en el patio de la escuela, que al ser de cemento los estropea. Catherine llega del trabajo, se pone una bata fresca y se sienta al borde de una silla en la sala de estar. Le piden a Albert que salga a jugar al patio.

Louis Germain tiene el mérito de encontrar las palabras acertadas. Al cabo de una hora, ya está decidido: Albert seguirá con sus estudios. La abuela acompaña a Louis Germain a la puerta. Toma al niño de la mano. En *El primer hombre*, Camus dice:

[...] y por primera vez le tomó la mano, muy fuerte, con una especie de ternura desesperada. «Mi niñito —decía—, mi niñito».³

No se equivoca: su vida es difícil, dura, sin duda, pero están en tierra conocida, este es su mundo:

Ese mundo inocente y cálido de los pobres, un mundo encerrado en sí mismo como una isla en la sociedad, pero donde la miseria hace de familia y de solidaridad.⁴

Albert se prepara para abandonar ese mundo, y las pruebas que lo esperan son temibles.

Para ir al instituto donde tendrá lugar el examen, Louis Germain y sus cuatro alumnos toman el tranvía rojo, que tarda una media hora en llegar a la plaza del Gobierno, donde se detiene para hacer transbordo al tranvía verde, que lleva a los barrios buenos. Siguen a pie por la calle Bab-Azoun, que corre estrecha entre casas de soportales que abrigan una infinidad de tiendas de las que emanan aromas especiados. Louis Germain espera a sus alumnos a la salida. Está con ellos cuando les entregan los resultados. Tres lo consiguen, entre ellos Albert y su amigo Pierre Fassina.

Cuando su abuela se entera de que Albert ha aprobado el examen, quiere que este haga la primera comunión.

La iglesia no forma parte de su mundo. Se es católico como se es francés, nada más y nada menos. No se va a misa como no se engalana el balcón el 14 de julio. Pero se siguen los ritos esenciales: la declaración de los nacimientos, de las bodas y de los decesos, por un lado, y, por otro, el bautizo, la primera comunión, el matrimonio en la iglesia y un servicio religioso en el cementerio, «porque no somos perros», puntualiza la abuela. El sacerdote insiste en que Albert acuda dos años a catequesis. Ni hablar, responde su abuela. Albert se alegra: después de hacer la comunión, su hermano mayor tuvo que hacer la ronda de los parientes más o menos lejanos, que, según dictaba la costumbre, tenían que regalarle un poco de dinero, que al punto este le había dado a su abuela, quien los había guardado en la caja de lata. Albert tiene la sensación de que eso es pedir limosna y lo incomoda. Así que se siente aliviado de no tener que hacerlo. Se equivoca. Al ver a esa anciana tomarle la mano a su nieto mascullando: «¡Se las arreglará!», mientras se dispone a salir de la iglesia, el hombre de Dios cede. La educación religiosa del niño se hace deprisa y corriendo. De las misas Albert sobre todo recuerda la música de órgano, que le permite descubrir un universo sonoro muy distinto a las canciones que oye en la escuela o en la calle. Con un corte de pelo gratis y vestido de marinero, Albert hace la primera comunión. El carácter solemne de la ceremonia le genera un sentimiento extraño: conmovido ante algo inmenso y misterioso, su temor se duplica con la certeza de que se encuentra dispuesto a afrontarlo.

Gamberro y piojoso |

El instituto Bugeaud es el más antiguo de Argel: se fundó en 1833. Sus nuevas instalaciones son de 1868 y exhiben el orgullo del Segundo Imperio. El edificio de tres plantas, cuyas distintas secciones están distribuidas alrededor de tres grandes patios de recreo, es majestuoso. La fachada con arcadas de la planta baja, impetuosa, da a la calle, que domina desde lo alto de la escalera monumental que lleva a la entrada principal, flanqueada por palmeras plantadas en parterres.

¡Albert Camus aterriza en un mundo tan diferente!

En el colegio de la calle Aumerat, los treinta y tres alumnos de su clase, tres de ellos árabes, eran más o menos de su misma condición:

Todo el mundo era como yo y la pobreza me parecía lo más normal del mundo. En el instituto vi la otra cara de la moneda.¹

Una infinidad de señales imperceptibles le permiten darse cuenta desde el primer día de que está en tierra enemiga. Sus nuevos compañeros se visten como él, pero sus camisas no están remendadas ni sus zapatos tienen las suelas gastadas. Hablan el mismo idioma, pero suena distinto. Juegan a los mismos juegos, pero su balón es de cuero. No son los mejores en francés, pero en casa tienen libros y una biblioteca. Hasta el

desayuno y el almuerzo de mediodía, a los que Albert tiene derecho gracias a su beca, le recuerdan su condición humilde. Tiene que levantarse a las cinco y media de la mañana para no perder el tranvía y llegar a tiempo para tomarse la achicoria que un chico árabe les vierte en cuencos dispuestos en fila en una mesa de zinc a los internos y a los que están en régimen de media pensión. Cuando se pelea con sus nuevos compañeros, estos lo insultan, igual que hacían sus antiguos compañeros, salvo que ahora lo llaman «gamberro» y «piojoso». Cuando le piden que rellene una hoja informativa, le da vergüenza poner que su madre es «criada», y luego se avergüenza de tener vergüenza. Se siente incómodo cada vez que le piden que traiga las notas del colegio firmadas: su madre apenas consigue trazar su nombre al pie de una hoja, y si alguna vez esta se olvida de hacerlo, no se lo puede pedir a su abuela, pues esta no sabe escribir. Ella ni siquiera se sabe los números: hace cálculos garabateando pequeños círculos que unas rayas transforman en decenas y en centenas. En el cine les pide a sus nietos que le lean los subtítulos, pero, avergonzada ella misma de su ignorancia, previamente hace ver que rebusca en su bolso y pregona en voz alta que se le han olvidado las gafas. Al finalizar el curso, cuando su madre y su abuela asisten a la fiesta de entrega de premios, Albert se avergüenza de su forma de vestirse, que insinúa su pobreza.

Siente que vive en dos mundos que a través de él se tocan, pero que funcionan según lógicas tan distintas que los habitantes de uno no pueden ni imaginar que hombres como ellos vivan en el otro:

En el instituto no podía hablarle a nadie de su familia. Y en su casa no podía hablarle a nadie del instituto...²

Es un buen alumno, lo cual basta para justificar su presencia en ese nuevo mundo en el que el mérito se juzga según las calificaciones, y en ningún caso quiere renegar del mundo del que proviene, al que se siente tanto más unido cuanto que siente

que lo traiciona al mirarlo con los ojos del otro mundo. Embarcado de forma legítima en una vida que lo aleja de aquellos a los que ama, se redime a través de su sentido del deber hacia aquellos que están y siempre estarán encerrados en el mundo que acaba de abandonar.

Albert se endurece, lo cual es una forma de asumir su singularidad y también un mecanismo de defensa en un medio hostil en el que se niega a vivir como si fuera un camaleón. Es famosa por su carácter fuerte, se molesta por nada, a aquellos con los que se enfrenta les paga con el ojo por ojo y diente por diente, y su reserva, que es un escudo, se interpreta como orgullo. Brusco y hosco, se mantiene apartado para protegerse, y su actitud altiva es una respuesta a los que lo desprecian. Lo mismo su constancia. El dinero no da el ingenio, es bien sabido, y un «piojoso» puede tener acceso al mundo de los libros, que los ricos ceden de buena gana a los pobres porque su rentabilidad es escasa y se paga demasiado por ella, ¡aunque Camus eso todavía no lo sabe! Por el contrario, le ha quedado claro que en el medio en el que ha caído casi por casualidad debe ganarse su sitio, tomárselo a la fuerza a aquellos que se lo niegan de manera instintiva porque no es como ellos, y que esa conquista pasa por los libros.

Su abuela le ha sacado el carnet de la biblioteca municipal, que abre tres veces por semana y donde se pueden pedir prestados dos volúmenes. Albert, que no tiene referencias, se pasea entre los estantes y escoge por la cubierta y el título, y también por el aspecto de las páginas: las que están llenas de pequeños caracteres amontonados auguran historias densas, aventuras con muchos giros, vividas por héroes excepcionales que uno querría emular para mostrarse tan intrépido, tan ingenioso y tan magnánimo como ellos. Gracias al olor distingue las ediciones populares, repletas de acción, de aquellas más caras que no lo atraen porque a menudo los personajes discuten demasiado y de asuntos que no van con él. Camus lee *Pardaillan* y a Julio Verne, a Balzac y *Los tres mosqueteros*, a Zola y a Dickens, entre muchos otros autores desconocidos para él. Empieza a leer

cuando sale de la biblioteca, en la calle, y continúa en casa, sentado a la mesa cubierta con un hule del cuarto de estar. Su abuela prepara la cena. Catherine, que acaba de llegar de trabajar, se cambia, y luego, tras acariciarle suavemente la cabeza al pasar, se sienta en una silla cerca de la ventana y mira fuera sin decir nada, sin moverse, casi sin vida. El tío Étienne le quita las pulgas a su perro. Cuando Albert tiene que poner la mesa, lo hace sin desconectar, como en trance, para no romper el encanto de la historia a la que vuelve enseguida. A pesar de todo, le piden que coma. Lo hace sin quitarle la vista de encima al libro, y luego recoge la mesa, con prisa por retomar sus historias, que no dejará hasta el momento de irse a la cama. En el otro cuarto no hay lámpara: ¿para qué gastar petróleo en una estancia a la que solo se va a dormir? Guarda el libro bajo la almohada.

Hace nuevos amigos gracias a los libros. Su pasión compartida disipa las diferencias de clase social y los une. Les habla de sus lecturas y ellos le hablan de las suyas y le prestan libros.

Aristócrata de cuna, Claude de la Poix de Fréminville perdió a su padre, un oficial, en la guerra, como Camus, y esa desgracia los une. André Belamich, que proviene de una familia judía pudiente, y Georges Didier, hijo de católicos practicantes, se sienten a gusto en compañía de este chico que comparte sus gustos, que se les pega, que les está agradecido por permitirle descubrir un mundo que no ha heredado. Ellos tienen una historia, fotos antiguas en las paredes, recuerdos de familia, un patrimonio que pasa de generación en generación, todo aquello de lo que está desprovisto su nuevo compañero, que apenas sabe cómo se llamaba su padre. Eslabones de un linaje que pasa a través de ellos, los mensajeros: los que los precedieron les legaron un deber para con sus sucesores. Un deber natural, evidente y sencillo que Albert les envidia, como envidia las maletas que tienen en el desván, que contienen vestigios concretos y palpables, legados por ancestros conocidos y respetados: al ofrecerte un pasado, al mismo tiempo te permiten que traces esa línea recta que pasa por ti y se convierte

en un proyecto de futuro. Georges Didier desea entrar en la Compañía de Jesús, y a De Fréminville le gustaría ser digno de su padre, un héroe que dio su vida por la patria...

¿Qué patria?

Lucien Camus también murió en el campo de honor, como atestiguan sus condecoraciones, pero en la calle Lyon nadie habla de ello, y mucho menos para hacer creer al hijo que su padre sacrificó su vida por una causa que él a su vez debería defender. Para su madre y para su abuela, para el tío Étienne y para sus amigos, para todas las personas modestas del barrio, la Francia de la que hablan en clase no es más que una idea abstracta: no tanto porque su historia no sea la de ellos como porque los acontecimientos nacionales les pasan por encima como las nubes: a veces tapan el sol y sueltan trombas de agua, pero lo dejan a uno indiferente porque están fuera del alcance, implacables, como fatalidades que no queda más remedio que sufrir intentando no olvidar el paraguas.

Eso no es lo que opina su tío Acault, el marido de una de las hermanas de Catherine.

Nacido en Lyon, el tío Gustave regenta una «carnicería inglesa» en la calle Michelet, que baja desde el parque de Galland hasta la plaza de la Nouvelle-Poste. En el número 2 de esta misma calle se encuentra la librería de las Facultades, y en el 37, otra que anuncia agresiva que está todo a la venta, «desde papiros hasta cuadernos Herakles»; en el número 66 está la famosísima Pastelería real, y en el 83 la empresa Corneille vende coches norteamericanos, Chrysler y Plymouth. En el número 56, el Café de la Renaissance es una guarida de francmasones cultos que se encuentran asiduamente para mantener discusiones intelectuales regadas con cerveza.

El delantal blanco del tío Gustave está siempre impecable, igual que su bigote negro. Sus camisas de cuadros son francesas y su carne viene de la metrópoli: su ternera charolesa es la más tierna y su cordero no huele a África. Con una cortesía que excluye cualquier familiaridad, trata a sus clientes como si fueran amigos a los que presta servicio. Siguiendo a Voltaire,

rechaza el orden establecido y dice que es anarquista, lo que equivale a decir que es de aquellos que le echan la culpa a las izquierdas por traicionar sus ideales cayendo en la trampa del juego parlamentario. Aprecia a los hombres intelectualmente brillantes, está al corriente de las nuevas tendencias y en su biblioteca —pues él tiene una, algo de lo que Camus no se había dado cuenta antes— se puede encontrar un batiburrillo de obras de divulgación científica y panfletos políticos, los grandes novelistas franceses del siglo XIX y James Joyce, del que se habla mucho desde que en 1929 una librería de la calle del Odéon, Adrienne Monnier, publicara la traducción de su novela *Ulises*; autores recientes, como André Gide, se codean con los clásicos griegos y latinos, sin olvidar a Bakunin y a Auguste Blanqui. Gustave Acault lee a Charles Maurras, pero prefiere al socialista Anatole France, que había abrazado a los sóviets para luego reprocharles sus excesos.

El tío Gustave no tiene más que cruzar la calle, lo cual hace a menudo, para tomarse un anisete en el Café de la Renaissance y hablar de política y literatura con sus amigos, que aprecian su inteligencia, su despreocupación y su sentido del humor. Los Acault no tienen hijos, y los de Catherine son un poco como sus hijos. «Es el único que me ayudó a imaginarme lo que podía ser un padre»,³ dice Camus. En secreto, el tío Acault proyecta dejarle la carnicería a Albert. Según él, el oficio se aprende rápido, se gana uno bien la vida, y el chaval, que es inteligente y al que le gusta cultivar su inteligencia, tendrá tiempo para leer. Podría venir a trabajar con él en cuanto terminase los estudios.

El alumno Camus es a menudo amonestado y castigado por alborotador, pero es uno de los mejores de la clase, correcto en matemáticas y brillante en letras.

Después del almuerzo, que sirven en el mismo comedor de las mesas de zinc, y mientras espera a que empiece la clase de las cuatro, Albert juega al fútbol en el patio del instituto. Allí los piojosos también pueden destacar. No es muy fuerte, pero es valiente, y cuando avanza con el balón en los pies, no teme los

golpes ni las zancadillas que amenazan con hacerle polvo las rodillas; se olvida de los clavos de las suelas de sus zapatos que su abuela inspecciona por la noche; cuando hace de portero, se tira sin dudar a los pies del adversario para parar el balón.

Los jueves y los domingos, si no lo han castigado por no haberse estado quieto en clase o por haberse metido en alguna de esas peleas que a veces tienen los alumnos, Albert va con su hermano al campo de maniobras, un solar de los alrededores donde se encuentran los chicos del barrio. En un pispás forman dos equipos, improvisan las porterías y se pasan la tarde dándole a un balón hecho con trapos. Las tardes de mucho calor, Camus renuncia al fútbol para ir a nadar a la playa de las Sablettes o cerca del puerto, donde el muelle de cemento es suficientemente alto como para que los niños puedan zambullirse. En el agua, explicará Camus después, tuvo ya un primer acercamiento al abrazo entre los cuerpos, un primer despertar a la sensualidad feliz. A menudo toman todos el tranvía para ir a la Maison des Invalides, fuera de la ciudad, donde la madre de uno de sus amigos es costurera. A un centenar de metros del final de línea, situada sobre las alturas que dominan Argel, la mansión destinada a dar cobijo a los mutilados de la Gran Guerra tiene un jardín inmenso y terrazas donde es agradable jugar ora escondiéndose en los bosquecillos para preparar con los jugos de plantas y de bayas inofensivas «venenos» imaginarios, almacenados en pequeños frascos para luego enterrarlos al pie de los bancos de piedra, ora enfrentándose, con una gran rama de palmera en la mano, al terrible viento que a veces te la arranca tirándote al suelo, ora galopando en persecución de enemigos que surgen de detrás de las palmeras o que crees ver a través de las ventanas de las galerías acristaladas.

Camus no tiene vacaciones. Su abuela, que jamás las ha hecho, como tampoco su madre o sus tíos, es incapaz de concebir que alguien en edad de trabajar pierda el tiempo sin hacer nada. Y, además, ¿cómo se puede no trabajar todos los días, teniendo en cuenta que todos los días hay que beber y comer y que en su casa ninguno gana en un día lo que necesitarían

para vivir dos? De acuerdo, la escuela es una inversión: en algunos años, el salario de maestro o de funcionario compensará a Albert por lo que pierde hoy en día. Pero ¿cómo no aprovechar esos dos meses de libertad para que entre algún dinero en la caja de lata donde siempre falta?

Albert busca trabajo. Para tranquilizar a los patronos, siguiendo las órdenes de su abuela, debe mentir: solo tiene trece años, pero pretende tener quince, y como nadie quiere contratar a alguien solo por dos meses, asegura que tiene intención de dejar los estudios. La abuela, que lo acompaña a las entrevistas, añade: «Somos demasiado pobres como para permitirnos que vaya al colegio». En julio lo contratan en una ferretería, y el 15 de septiembre Camus le comunica a su patrono que deja el empleo para volver al instituto. El patrono le reprocha que le haya mentido y se niega a pagarle. «¡Somos demasiado pobres como para no mentir!», le responde el niño, y al otro le parece correcto el argumento: se traga la rabia y le paga lo que le debe.

Después de haberse pasado dos meses sentado en una silla cerca de la puerta de la oficina esperando que llegue el correo que debe clasificar, a menos que lo envíen a hacer alguna compra, sin tener para él durante el día más que los momentos en que se encierra en las letrinas del fondo del patio, el colegio es una liberación.

El siguiente año, Albert trabaja para un corredor marítimo. Sube a bordo de barcos de todas las nacionalidades que echan anclas en el puerto de Agha, cuyos capitanes le entregan papeles administrativos que lleva a la oficina. Reconoce la nacionalidad de los cargueros por el olor:

Los de Noruega olían a madera, los que venían de Dakar o los brasileños traían con ellos un perfume de café y especias, los alemanes olían a aceite, los ingleses olían a hierro.⁴

El trabajo es menos monótono y la separación se hace menos dura; le ofrecen incluso que vuelva a trabajar para ellos en las siguientes vacaciones.

El hecho es que Albert prefiere la escuela, aunque ahora tenga ambiciones por lo demás importantes: se ha convertido en el portero del Racing Club de Argel y ha dejado los partidos improvisados en los solares por el campeonato y participa de forma regular en los entrenamientos del equipo. Sin embargo, sus resultados escolares siguen siendo satisfactorios: muy bien en filosofía, excelente en letras.

En 1930, Camus saca la selectividad con nota y se matricula en el *hypokhâgne*, el primer curso que prepara a la oposición para ingresar en la École Normale Supérieure.

Sigue siendo un alborotador: el profesor de filosofía le pide de entrada que se siente en la primera fila «para tenerlo controlado». Jean Grenier ha sido profesor de filosofía en Aviñón y luego en el Instituto francés de Nápoles. En 1927, trabajó durante varios meses en *La Nouvelle Revue Française (NRF)*, la revista más prestigiosa de Francia, que también hace las veces de editorial bajo las órdenes de Gaston Gallimard. Gracias sin duda a la recomendación de los autores de prestigio que conoció allí y que lo aprecian, acaba de pasar el verano en Lourmarin, como interno de la Fundación Laurent-Vibert, el acaudalado propietario de las fábricas Pétrole Hahn, que acoge en su castillo a jóvenes intelectuales brillantes a los cuales ofrece becas. En 1930, Jean Grenier es requerido en Argel: la excelente reputación del instituto Bugeaud es provechosa para hacer carrera en la enseñanza y la remuneración de los profesores que aceptan un puesto de trabajo en las colonias es muy interesante. Con una inteligencia que gusta de redondear los ángulos y hacer entendibles las ideas complicadas, muy instruido sin tener, según dice, «más convicciones que las negativas»,⁵ Jean Grenier aporta a sus alumnos no solo el conocimiento de los libros que desmenuza con perspicacia, sino también la sensación de que estos pueden ser un instrumento de poder. En los ambientes que él ha frecuentado en París y con los que mantiene estrechos vínculos, el prestigio literario es la fuente de una autoridad temible porque da forma a la opinión, la piedra angular de los sistemas políticos, que buscan su legitimidad en

las masas. Después de Hugo, que le plantó cara a Napoleón III, y Zola, que hizo doblegar a la República, los escritores, convertidos en directores espirituales, dirigen a las masas, y sería una imprudencia no tenerlo en cuenta. La literatura de trincheras, *Les Croix de bois* (Las cruces de madera), de Dorgèlès, y *El fuego: diario de una escuadra*, de Barbusse, han originado un amplio movimiento pacifista. André Gide, un novelista de vanguardia y también abanderado de toda una generación, que quiere liberarse de la moral burguesa, se metió en política al firmar dos panfletos virulentos contra el colonialismo: *Viaje al Congo* y *Regreso de Chad*.

Hasta entonces, para Camus los libros eran un recurso capaz de disipar las desigualdades de las que había tomado conciencia en el instituto. Ahora descubre que pueden ser mucho más: un caballo de Troya. El prestigio literario podría permitirle entrar en casa del adversario para a continuación abrirles las puertas de esa ciudad de privilegios a todos los que no les está permitido entrar. Así, lo que le parecía una traición desde que se sorprendió a sí mismo sintiendo vergüenza al reconocer que su madre trabajaba sirviendo se transforma en una lucha. Ya no está en la clase preparatoria para huir de la miseria de los suyos, sino para servirlos. Ya no se trata de conseguir un saber para hacerse con un sueldo de ingeniero, médico, funcionario o maestro con el que ganarse la vida, sino de apoderarse de un instrumento de poder en beneficio de aquellos que pasan necesidad y a los que sería muy vil por su parte abandonar.

Por primera vez, puede que gracias a Jean Grenier, este «adolescente sin más experiencia y curiosidad que la de la sensación»⁶ descubre que la literatura que disfruta como aficionado puede convertirse en una vocación. A los dieciocho años, estando en clase de *khâgne*, el segundo y último curso que prepara a la oposición para ingresar en la École Normale Supérieure, Camus escribe un diario, se ejercita en la poesía, empieza textos en prosa que quedan inacabados y pone por escrito bocetos de ensayos desbordantes de una exaltación a la vez sensual y mística. Le enseña todo lo que escribe a Jean Grenier, que lo ani-

ma señalándole a la vez las torpezas, que le enseña a reconocer y a evitar. En una ocasión en que se encuentran delante del edificio de correos, metidos en una de esas discusiones eruditas que los juntan para dar paseos más o menos largos por las calles en las que Jean Grenier hace sus compras, Camus, de repente, le pregunta si lo cree capaz de convertirse en escritor.

Quizá sí, pero el camino es largo y difícil.

Camus debe darse prisa: en diciembre de 1930 escupe sangre.